

## Excurso

## Primera y última imagen de Antonio Cornejo Polar

He abierto otra vez el álbum de fotografías: todavía no puedo creer que la persona llamada Antonio Cornejo Polar —el amigo entrañable, el hermano mayor, el maestro, el compañero de tantas aventuras académicas y culturales— ya no sea más el referente material de todas esas imágenes. Ahora es como si ellas existieran por sí solas, negándose a todo vínculo con esa poca arenilla gris dejada por el fuego del crematorio, y construyendo un espacio propio en zonas de la memoria que le pertenecen más a la persona ausente que a quien cree convocarlas. Aquí el evocado, en sus veintiocho años, cierra el Primer Encuentro de Narradores Peruanos con un discurso magistral que los participantes ya celebran con los brazos tendidos hacia él, en señal de emoción académica y de fraternidad intelectual. Allá, años después, acaba de jurar el Rectorado de San Marcos y, atildado pero afable, con la leve sonrisa de quien quiere cubrir el orgullo personal con alguna moderación, o con alguna ironía, conversa con nosotros, o más bien nos escucha. Más allá nos ha pedido a Gladys Susana y a mí que lo fotografiemos debajo del árbol incendiado de otoño, cerca de su casa de Pittsburgh; o ha pedido que no lo hagamos en su hora favorita, leyendo recostado junto a todos esos libros dispersos. Y aquí, no hará mucho, ya casi vencido por la hora que se le había vuelto adversa, lee con trabajosa respiración el texto con que cierra el último de sus encuentros latinoamericanos en Berkeley. No

tengo fotografías posteriores. Tengo, sí, brevísimos textos electrónicos —pautados por la economía del medio y, claro, por la lucha contra el mal y la gravedad del momento—, no pocas imágenes auditivas, y una larga nostalgia.

Lo ubiqué visualmente allá por 1954, año en que con mi familia me fui a vivir a la calle de Santa Catalina, su calle, frente al convento del mismo nombre. Yo era todavía un niño —curioso y andarín— y él era un jovencito de unos diecisiete años de edad, figura familiar —como su hermano Jorge, pero a otras horas— en las misas dominicales de la iglesia del convento, a las 8 de la mañana. Algo después se le vería conduciendo el flamante Ford de color ladrillo de la familia, que volcó un día de lluvia y pistas como de patinaje, quedando el techo a la altura del motor y el maletero. ¡Se ha salvado de milagro!, diría mi madre, que lo tenía ubicado mediante un sistema de coordenadas familiares muy suyo, que iba de lo más cercano a lo casi mítico: Es el sobrino de la señorita Lola Suárez Polar, el hijo del doctor Salvador —Salvacho— Cornejo. Es —diría mi madre— el hijo de las tías Polar (Estela, en efecto, había asumido el papel maternal con un ahínco similar al de la verdadera madre, Susana), el nieto de don Jorge. Ya se ha casado con la hija de don Josicho Soto, me dijo un día. Se han ido a España para un curso de postgrado.

Para entonces yo había abandonado para siempre mis veleidades con la física nuclear, humillado por unas ciencias puras cuya belleza conceptual parecía ser negada por sus abstrusas formulaciones, y había reingresado a San Agustín con ganas (más de mi padre que mías) de seguir leyes. Uno de los cursos obligatorios del segundo año previo de Letras era el de literatura general. Ese año —corría 1962— estaba programado como profesor, para mi grata sorpresa, el hijo menor de las señoritas Polar, que acababa de retornar de España. Era alto, delgado —en verdad muy delgado— y tímido, y todavía no tenía la apostura que habría de lucir en Lima, a partir de los tiempos del Instituto Nacional de Cultura. Tenía una barba cerrada, siempre cuidadosamente afeitada, que le daba un tono acerado a su piel blanca de reflejos morenos.

En el curso, pronto las compañeras comenzaron a llamarlo Antónito el Camborio, por eso de «moreno de verde luna» y aquello de su «cutis amasado/ con aceituna y jazmín». Ya entonces, a sus veinticinco años de edad, el nuevo miembro de la Facultad de Letras —su Alma Máter— brillaba como un profesor talentoso, preciso en la expresión, esencial en los conceptos, magistral en la comunicación de las ideas. No era la primera vez que enseñaba allí (había tenido un contrato el año previo a su viaje postdoctoral a Madrid, en 1959), pero esa vez lo hacía por fin como profesor titular del área de crítica e interpretación de textos. Llegaba al cargo después de un lucido concurso de oposición de méritos, con clase verdaderamente magistral ante el claustro de doctores de la Facultad de Letras, precedido del prestigio que dos años antes le había ganado la brillante defensa de su tesis doctoral «Ensayos sobre el habla poética» y de la aureola que le añadía su ciclo de postgrado en la Universidad de Madrid. De España traía una serie de ensayos (sobre el Lazarillo, la Celestina, Góngora, Lope, Cervantes y la Generación del 27), que publicaría de a pocos y parcialmente. Traía el fervor que le había producido trabajar sobre la poesía de Pedro Salinas (habría que ubicar el manuscrito de su estupendo análisis inédito sobre «Qué alegría, vivir»), nuevas convicciones metodológicas —el análisis lingüístico y la fenomenología crítica, entre ellas—, y una cantidad de anécdotas de profesores y compañeros universitarios, que desmitificaban la universidad española y la ponían a la altura de lo terreno. ¡Ese don Joaquín de Entrambasaguas debió haber sido todo un caso!

Fue entonces que una de sus clases de interpretación de textos cambió el rumbo mi vida. Era una de esas radiantes mañanas arequipeñas, como lavadas por la lluvia del día anterior y libres del habitual polvo del desierto. La luz entraba a raudales en la repleta sala y se reflejaba casi metafísicamente en las paredes de blanca piedra volcánica. Se daba Góngora, sus sonetos existenciales, y el joven maestro procedía a desmenuzar el poema «Mientras por competir con tu cabello» y a explicarlo minuciosamente desde sus entrañas de relojería fina. Hubo un momento en que yo

no podía discernir qué resultaba más seductor, si el complejísimo arte con que el genio cordobés había cifrado la precaria belleza femenina («oro bruñido al sol relumbra en vano») o la ciencia con que el joven profesor revelaba las estrategias del poema, como la gradual y definitiva desmaterialización de los elementos enumerados en el último verso («en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada»). Entonces supe claramente lo que yo quería hacer: estudiar, enseñar, explicar literatura. Y me dediqué a las letras con ahínco. Edgar Guzmán, que luego sería mi cuñado, me prestó entre otros libros la Teoría de la expresión poética de Bousoño, con que quise sorprender un día a mis compañeros de clase y al joven maestro. Creo que glosé mal cierta secuencia, lo que le dio al profesor la ocasión de citar de memoria y con exactitud esta definición —que Bousoño inutilizaría años después en la segunda edición de su libro: «poesía es, ante todo, comunicación, establecida con meras palabras, de un contenido psíquico sensorio-afectivo-conceptual, conocido por el espíritu como formando un todo, una síntesis». Pero me hice visible, lo que permitió que fuera uno de los alumnos invitados a las tertulias de la casa del profesor Cornejo; que luego él me ofreciera mi primer trabajo (a mis veinte años, ya casado y padre de familia) como Secretario de la Casa de la Cultura de Arequipa, de la que él era Director; y que poco después prologara mi primer libro de poesía, Viaje de Argos y otros poemas (1964), con palabras que aún me llenan de juvenil esperanza («la increíblemente madura poesía de un muchacho de veinte años»).

Durante los años de la Casa de la Cultura de Arequipa pude ahondar en el conocimiento de una persona en muchos sentidos admirable. El Director trabajaba duro, pero con una asombrosa economía de recursos. Parecía no dudar. Nunca corregía nada —tenía ya un sentido muy claro de la necesidad y oportunidad de las cosas, así como de la precisión y la fuerza expresiva del lenguaje— y sus proyectos plasmaban siempre bien, con extraña fidelidad al boceto inicial. Así salieron, entre otros logros, las Jornadas Populares de Cultura, las noches de música popular arequipeña (en que el pueblo se religó jubilosamente a una de sus formas cons-

picuas de expresión tradicional, el yaraví), los ciclos sobre el pensamiento moderno, y el formidable Primer Encuentro de Narradores Peruanos. Ahora, con la perspectiva que otorgan los años, veo que entonces él ya había comenzado a practicar una noción sociohistórica de cultura, que después decantaría en conceptos como los de heterogeneidad y totalidad conflictiva.

Al correr de esos años pude conocer también al ser humano que vivía detrás del intelectual y académico. Se trataba de una persona muy humanitaria, especialmente simpática para con los humildes y necesitados. Se llenó, por ejemplo, de pequeños retablos y reproducciones de la escuela cuzqueña porque, según decía, no podía defraudar las expectativas de quien se los traía. En cierta ocasión Eleuterio, el mensajero encargado de hacerle efectivo un cheque, le perdió todo el sueldo de un mes. «No importa —dijo—, haré de cuenta que ya lo gasté», y nunca más hizo referencia al asunto. Hubo también anécdotas chistosas, de esas que nos permitieron a ambos divertir por horas a los amigos de distintos lugares, con historias verdaderas cuyo interés, ahora lo veo bien, estaba más en el punto de vista que él ayudaba a insuflarles. «¿Cómo se llama usted, finalmente?», le preguntó un día al hombre que le traía los retablos, y que esta vez le pedía «la platita» adelantada. Entonces el hombre agachó un poco la cabeza, en gesto de humildad, y dijo bajito, como para que nadie más le escuchara: «Cornejo, con su perdón». Esta anécdota la contaba yo, y en represalia él contaba una que a mí me pintaba de cuerpo entero en esa época de mi estreno como secretario: cuando me pidió que le ayudara a cambiar una llanta de su Austin Cambridge (yo no sabía entonces que él había sido acostumbrado a poco menos que la inutilidad manual, lo que, según Cristina, su esposa, le hacía imposible recordar en qué dirección gira un bombillo de luz malogrado, o la llave de ruedas) yo habría de responderle, con muy poco comediamento, «lo hago como amigo, no como secretario». Luego está la anécdota del hombre vestido de safari, que buscaba auspicios para su performance: «Pero aquí no hay tigres» —le dijo, a lo que el hombre respondió: —«No es problema, señor Director. ¡Con gatos!». Y

la del hombre que pedía dar una charla sobre filosofía del deporte y cuya bibliografía resultó ser un gordo maletín lleno de recortes de periódico, accidentalmente desparramados por el suelo, alusivos a su equipo de fútbol favorito: «¡No hay filosofía sin una base de realidad, señor Director!».

Siempre, tal como lo recuerdo, fumó en exceso. Cuando le tocó trabajar en Venezuela comprobó que abrir en público un paquete de cigarrillos era exponerse a malograr la escrupulosamente calculada cuota del día, de modo que encontró la manera de encenderlos (todavía no sé cómo) sin que los demás nos percatáramos de ello. Alguien dijo «ya los saca encendidos del bolsillo»; y otro «es el fósforo más rápido del Oeste» —expresión calcada sobre el sambenito que Antonio le había colgado a un profesor proverbialmente tacaño: «es la billetera más lenta del Oeste». En la época del Rectorado de San Marcos, cuando era visible que había desinteligencia entre el afán principista del Rector y el comineo pragmático —puramente coyuntural, o embebido de las intrigas del poder— del resto del Consejo Universitario, aumentó tanto su consumo de tabaco que él mismo se colgó este chiste revelador: «entre el Rector y el Consejo hay una densa cortina de humo».

Ha sido mi mejor amigo, con perdón de los mejores amigos que me quedan. A comienzos de los noventa, durante uno de los New Directions de Dartmouth («América Latina: Nuevas direcciones en teoría y crítica literarias»), cuyas actas él publicara completas en la Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, celebramos informalmente, en casa de Beatriz Pastor y Dwight Lahr, nuestros treinta años de amistad «continua y sin tropiezos». Estábamos a doce millas de la sede del congreso y yo no probaba licor porque estaba a cargo de conducir al grupo, entre los que se contaban también Antonio Melis y Martín Lienhard. «Estaba pensando —me dijo— que un día de éstos hará treinta años que comenzó nuestra amistad, de modo que te dejas de vainas y levantas una copa conmigo». Fueron dos, y creo que aún así conduje bien al grupo de vuelta a Hanover, New Hampshire. Algún tiempo después, en su casa de Berkeley, con Cristina y Gladys Susana, recibimos el año nuevo

del 94 con toda formalidad. «Soy un aristócrata impenitente», diría entonces con sorna, y nos animó a vestirnos esa vez de traje entero y corbata. Salía a la terraza, o a la escalera exterior, o entraba al baño para su ritual del tabaco. Y aunque fumaba ostensiblemente menos que nunca antes en su vida, ya la nociva afición le estaría tomando algunos puntos débiles, según se revelaría en junio del 95, luego de una bronquitis pertinaz.

La penuria de los últimos seis meses de la vida de Antonio fue grande. Cristina no habla mucho de ello, y se entiende. Pero un día me contó que los últimos cuatro meses los pasó en cama, consumiéndose hasta ponerse delgadito y pequeño. ¡Un hombre entero y bien plantado, como era él, de 1,82 m de estatura!

Yo lo había visto en noviembre de 1996, en Berkeley, durante un congreso sobre vanguardias que él había organizado. Se notaba que las dos operaciones a que se había sometido en los últimos meses, así como la combinación de radioterapias y quimioterapias que le habían impuesto, le habían dejado huella... pero se le notaba bien: se echaba adentro sus «whiscachos», como él decía, y tenía la moral alta y su eterno buen humor. Pero dos días después me dijo por teléfono que le dolía mucho el costado y que se le había presentado una fiebre tenaz. A comienzos de diciembre partió hacia Lima, muy contento porque —no obstante la fiebre— le habían dicho que los últimos análisis demostraban que su sangre estaba libre de células cancerosas y que el mal ya no iría a colonizar otros órganos. Ahora sospecho que piadosamente le callaban la verdad, y que lo alentaban a viajar «de vacaciones» al Perú, cuando en realidad le estaban facilitando el tramo final. El día de su cumpleaños, 23 de diciembre, hablé con él y lo sentí muy cansado: la noche anterior le habían hecho un homenaje en la feria del libro de San Isidro, lo cual le dio mucho contento pero le restó muchísima energía. Se internó después de Navidad.

De ahí en adelante las cosas fueron rápidamente hacia abajo, con continuas entradas a Neoplásicas. El 18 de enero escribí (ésta y las citas siguientes son traslado directo de sus mensajes, que transcribo por primera vez como para conjurar la tristeza):

«Malas noticias. Los médicos confirmaron que donde me dolía desde hace meses hay un tumor. No es operable. Aparentemente mañana reiniciaré la devastadora quimioterapia. Como el diagnóstico es siempre complicado y había varias versiones, no contestamos antes sus e-mails para no dar informaciones falsas. No sé de dónde voy a sacar buena cara.»

El sábado 25 de enero supimos que estaba de vuelta en casa y lo llamamos, Gladys Susana y yo, y poco pudimos hablar: no hicimos más que ahogar sentimientos en silencio, a cada lado del hilo telefónico. Al día siguiente nos sentimos pésimo, luego de leer el e-mail que la noche anterior nos había mandado Cristina: «Ya se imaginarán cómo se ha sentido Antonio luego de la llamada de ustedes. Removido hasta los huesos. Está terriblemente sensible y el pensar en ustedes lo sacudió mucho». A partir de entonces tuvimos que ocultar los afectos para no dañarlo, y nuestros mensajes se volvieron por necesidad bastante informativos y casi formulaicos.

El 11 de febrero le escribí que iría a visitarlo en Lima, entre el 11 y el 18 de marzo, durante mi break de cambio de ciclo docente. Me contestó con un terminante «De ninguna manera. Me parece una locura que hagas un viaje tan largo por tan pocos días y sólo para verme.» Entendí que se apegaba a la idea de vernos en junio, durante mis vacaciones, como teníamos acordado. Es decir, interpreté que se daba más tiempo de vida, y que una anticipada visita mía lo alarmaría mucho, porque lo pondría en la pista que él se negaba a reconocer.

De hecho, él estimaba entonces sus plazos bastante más largos que lo permitido por la gravedad de la situación. El 7 de abril escribió: «Creo que [en Berkeley] me darán licencia con sueldo por enfermedad durante el Fall [se refería al siguiente otoño boreal, de septiembre a diciembre de 1997]. Caso contrario será un lío porque me obligarán a jubilarme.» Una semana después, sin embargo, tendría que enfrentar la terrible realidad. El 14 de abril escribía: «No tengo buenas noticias. Todo indica que el cáncer ha avanzado y que hay pocas posibilidades de solución. De hecho pedí

que me suspendieran la quimioterapia, porque me sentía sin ánimo ni fuerza. El médico estuvo de acuerdo.»

El viernes 9 de mayo, cuando finalmente nos habíamos rendido a la evidencia de que ya no alcanzaríamos a verlo con vida, lo llamamos para despedirnos. Yo todavía quise mantener la compostura, pero ya él iba más allá de las convenciones y pidió hablar «con la Pitita» (Gladys Susana), sabiendo que ella llevaría irremediablemente el diálogo al terreno del sentimiento puro. Entonces pudimos decirle cuánto lo queríamos, y él nos dijo cuánto nos quería, y nosotros le aseguramos que nunca, nunca iríamos a olvidarlo, y él nos aseguró que también él nunca nos olvidaría.

El sábado 17 —me contó después Jorge, su hermano— comenzó a esperar serenamente el final. «Puede ser esta noche, o puede ser mañana [le dijo]; pero quiero que les digas a tus chiquitas [las hijas de Jorge, a quienes quiso tanto como a sus propios hijos] que ahora yo voy a cuidarlas». Murió serenamente el domingo 18 de mayo, poco después de las 5 de la tarde, mientras dormía, o fingía que dormía, su última siesta. La noticia nos la dio luego Cristina, por teléfono, con una admirable presencia moral que la ponía a ella en plan de consolarnos a nosotros: «Recuérdenlo en el mejor de sus momentos».

[Lima, julio de 1998]